

rables que todos los que poseía la Europa entera antes del descubrimiento del Nuevo-Mundo, fueron la presa de doscientos miserables, sin saciar todavía su codicia. La embriaguez, por el contrario, no hizo mas en ellos que aumentar su sed. Despues de haber despojado las casas de los particulares, lo mismo que los templos y edificios públicos, de un extremo del reino al otro, ejercieron toda suerte de violencias contra los peruanos, contra sus mugeres y sus hijas, á fin de sacarles los tesoros que suponían todavía ocultos.

Desesperados los pueblos tomaron las armas en todas partes y sitiaron á un tiempo muchas plazas; pero sus débiles armas no lograron derrotar mas que seiscientos de sus enemigos, los que, recibiendo incesantemente refuerzos atraídos por el aliciente cada vez mayor que había escitado á los primeros, acabaron con ser victoriosos en todas las provincias (1535). En muy breve tiempo se hallaron los españoles en el Perú en número de tres mil arcabuceros, sin contar los piqueros, los ballesteros y la caballería. La opresion de los peruanos no tuvo desde entonces otra regla que el capricho de sus opresores, aunque estos no podían pretestar, como en Méjico, los derechos del cielo y de la naturaleza, cuyos agravios se preciaban de vengar. Estos pueblos humanos y pacíficos no sacrificaban los hombres á sus dioses y no oían hablar sin horror de los antropófagos. El adulterio entre ellos era castigado severamente en ambos sexos. La poligamia estaba generalmente prohibida. Solo el inca tenía concubinas, porque creían no poder jamás multiplicar demasíadamente la familia del sol. Los ancianos y enfermos, comúnmente abandonados, y algunas veces entregados á la muerte por otros bárbaros, eran alimentados en el Perú, con la única obligacion, respecto á que no sufrían la ociosidad, de

espantar los pájaros de las sementeras y de las mieses. Pero si este buen pueblo no pudo vengarse, sus tiranos se destruyeron á sí mismos con sus propias manos.

Almagro, que se hallaba en Panamá al tiempo de la victoria y pillaje de Pizarro su asociado, acudió con nuevos saqueadores para tomar parte en el botin. No se halló bastante oro en el Perú para saciar la codicia de dos hombres. Indispusiéronse uno contra otro, y como cada uno tenía su partido, vinieron á las manos, y la victoria se declaró por el mas culpable; es decir, por Pizarro, que no temía contravenir á la igualdad de la reparticion, ley sagrada aun entre los mismos bandidos. Almagro, vencido y hecho prisionero por el hermano de Pizarro, fué cargado de cadenas, y sacrificado jurídicamente al reposo de su rival, como perturbador de la tranquilidad pública. A su vez Pizarro experimentó tambien los caprichos de la suerte, ó por mejor decir, los golpes inevitables de una Providencia que debe en algun modo purgar la tierra de semejantes mónstruos; pero fueron menester muchos años para la inmolation de tan grandes víctimas.

El odioso Almagro había dejado un hijo tan emprendedor y mas hábil que su padre. Este jóven se puso al frente de los partidarios de su faccion, y todos usaron de una circunspeccion, de una perseverancia y de un secreto desconocidos en toda otra nacion que no sea la española. Estando todo tramado en estas tinieblas impenetrables, con una prevision á la cual nada se había escapado, en el dia señalado para la muerte de Pizarro, jurada con voz unánime, se quitaron á un tiempo los conjurados la máscara en medio del dia, á fin de dar á su atentado el aspecto de una ejecucion legitima. Atravesaron con armas las calles de Lima, sin que nadie se creyese obligado á resistirlos; y en medio de esta nueva capital, fundada

por Pizarro, sacrificaron, despues de mil ultrajes, esta victima á su venganza, ó por mejor decir, á la venganza divina. De nada sirvió á los parientes, á los amigos, á las hechuras y á los soldados del tirano, el haber permanecido tranquilos. Ellos habían tenido parte en sus delitos, y participaron de su castigo. Durante todo el tiempo que pasó sin poder recibir de España el socorro necesario, se vieron en Lima y en otros muchos lugares del Perú, no solamente los excesos y horrores de las plazas asaltadas por bárbaros, sino todo el furor que unos bandidos escluidos del botin podían ejercer sobre los compañeros infieles de sus depredaciones.

El remedio vino en fin de la metrópoli, y los nuevos gobernadores enviados de España mostraron por su fidelidad en desempeñar su comision que, si la corte autorizaba la conquista del Perú, quería á lo menos desterrar de él la tiranía. Fué declarado que las tierras invadidas por los conquistadores no pasarian á su posteridad; que los peruanos reducidos á servidumbre, serian puestos en libertad; que no se los podría forzar á enterrarse en las minas ni exigir de ellos trabajo alguno sin pagarles; en una palabra, se les impuso un tributo arreglado, y se los aseguró contra toda exaccion tiránica (1). Si estas leyes se observaron mal, la causa fué la distancia del poder soberano, pero nunca su connivencia con la injusticia. El jóven Almagro que tuvo la osadía de resistirle, pereció en un cadalso. Un nuevo Pizarro llamado Gonzalo, tuvo la misma suerte despues de haberse atrevido á combatir el ejército Real, y lisongeándose de hacerse del Perú un Estado independiente. Carvajal, su cómplice, mónstruo que se gloriaba de haber degollado él solo veinte mil indios, fué descuartizado. Todos los de-

mas malvados que pudieron haberse á las manos y ser convencidos, experimentaron una severidad proporcionada á sus atentados; lo que sin embargo solo dió á un mal estremo un remedio, ó por mejor decir un paliativo, efímero. Desde lo interior de España ó de Alemania, no podía Carlos V velar sino imperfectamente sobre los vireyes del Nuevo-Mundo, sobre todo durante las turbulencias que las sectas y facciones multiplicaban de dia en dia en el antiguo imperio, cuyo cetro reunia al de Castilla.

En el mismo año que fué invadido el Perú en nombre de este príncipe, renació de sus cenizas el fanatismo de los anabaptistas que se había visto casi estinguido por la guerra de los paisanos ó campesinos, é hizo temer excesos todavía mayores que los que habían armado la venganza pública y causado su primera caída (1). Los luteranos, apoderados á mano armada de la ciudad de Munster, capital de Westfalia, hicieron que se les concediesen seis iglesias para predicar en ellas públicamente su falsa doctrina. Los anabaptistas, fundados como ellos sobre la Escritura entendida á su modo, tenían el mismo derecho, y así aspiraron á los mismos privilegios y usaron los mismos medios para posesionarse de ellos. Sus principales doctores Juan Mateo, panadero de profesión, y Juan Becold, sastre, penetraron en la ciudad y al principio se alojaron en ella tan secretamente que los mismos magistrados no tuvieron de ello indicio alguno. Hicieron asambleas nocturnas, donde despues de haber enseñado su doctrina, rebautizaron á todos los que la quisieron abrazar.

El panadero dogmatizador, poco teólogo sin duda, pero muy confiado y artificioso, tuvo la precaucion antes de entrar en Munster de ganar una infinidad de partidarios en la comarca y de esparcir la seduc-

(1) Ulloa, in vit. Car. V. l. 3 et 4. B. del C., tomo XIX. — V. — HISTORIA ECLESIASTICA. — Tomo IV.

(1) Sleid. l. 10, p. 308; Meshov. l. 3 et 4. 103

cion en toda la estension de la baja Alemania. Poco contento con el titulo de obispo, cuyo oficio ejercia entre los anabaptistas de Embden, tomó el nombre de Enoch, luego el de Moisés; y juntando un sínodo sopló sobre aquellos que le componian para darles su espíritu. Escogió doce de ellos, y los hizo partir con el nombre de apóstoles, para predicar su doctrina en todas las regiones. Estos doce dieron la mision á otros doce; y la tropa se distribuyó no solamente en Westfalia, sino en Frisia, en la Bélgica y hasta en lo interior de la Holanda. Como estos hereges se dirigian principalmente á esterminar los príncipes y los magistrados, siguiendo las máximas de su gefe, que habia compuesto á este efecto su libro del *Restablecimiento*, adquirieron otros tantos secuaces cuantos eran los miserables enemigos del orden.

Luego que Mateo hubo formado su compló en Munster, hizo marchar los mas activos de sus discipulos para las ciudades y aldeas circunvecinas, con anuncios enfáticos, diciendo que habia llegado á aquella ciudad privilegiada un gran profeta enviado de Dios para enseñar á los hombres el camino derecho del cielo. Vióse inmediatamente concurrir un diluvio de siervos, de aldeanos, de populacho, de bandidos culpables de los mayores crímenes, que pretendian purificarse con un segundo bautismo y sustraerse de toda autoridad. Mateo, Becold y algunos otros entusiastas, se pusieron á su frente, y corrieron por la ciudad como furiosos, gritando con todas sus fuerzas: «haced penitencia y recibid el verdadero bautismo; si no lo haceis, el brazo del Señor, que está ya levantado, descargará su golpe sobre vosotros.» Los magistrados, justamente consternados, mandaron á los gefes de la secta que evacuasen la ciudad. Mas ya no era tiempo: respondieron que Dios les mandaba permanecer en ella y tra-

bajar constantemente en restablecer la sana doctrina. Fué preciso capitular con ellos, y procurarles una conferencia con los luteranos, que eran los que escitaban principalmente su envidia y su odio. Mas despues de la conferencia, en que nada adelantaron, porque ambos partidos no se fundaban mas que en la Escritura entendida en el sentido particular que cada uno la daba, los anabaptistas, dejándose de palabras y apelando á la violencia, arrojaron á los luteranos de las iglesias que se les habian cedido (1533).

Habiéndoles salido bien los medios violentos, uno de los mas fanáticos, llamado Kult, fingió de improviso ser inspirado de Dios y se puso á correr por las calles gritando: «haced penitencia impios, ó huid de la ciudad; el brazo del Señor va á descargar ya sobre vosotros.» Fué seguido de una multitud de furiosos que se aumentaba de calle en calle por la reunion de los que iban bautizando por el camino y que los seguian profiriendo las mismas amenazas. Arrastraron de esta manera una multitud de gentes simples ó intimidadas con las cuales incorporado el resto de anabaptistas, tomaron todos juntos las armas, se apoderaron de la plaza pública y decidieron quitar la vida á todos los que habian desechado su bautismo. Los habitantes que no se sentian bastante fuertes para contener este torrente, se retiraron á otro cuartel de la ciudad, donde se atrincheraron y se pusieron en defensa como para sostener un sitio. Estuvieron de una y otra parte tres dias sobre las armas; pero Mateo, no viendo medio de forzar el atrincheramiento, y supliendo la fuerza con el artificio, propuso una composicion que fué concluida con condicion de que cada uno profesaria su religion sin ser inquietado, y que vivirian pacíficamente juntos bajo la obediencia de los magistrados. Los anabaptistas, en vez de observar este tratado, solo trabajaron en romperle con ven-

taja, continuando en atraer de los lugares vecinos todas las gentes propias para favorecer sus empresas.

En el mismo tiempo y por los mismos medios pusieron los sacramentarios la ciudad de Ginebra á dos dedos de su ruina (1). Habiendo sido precisados á salir de ella por decreto del Consejo episcopal, que subsistia todavía, Farel, de quien ya se ha hecho mencion, y Antonio Saunier, otro sectario no menos revoltoso; Froment, discípulo de Farel, se empeñó vigorosamente en sostener la causa de su maestro. Para hacerlo con buen éxito, anunció este charlatan en todas las esquinas que enseñaba á leer y á escribir perfectamente en el espacio de un mes. Diósele crédito, le enviaron una infinidad de muchachos para que los enseñase; y él infestó hasta las médulas á aquella inocente juventud, cuya confianza cautivaba con un arte sumamente particular. Sus progresos no pararon aqui. En una ciudad donde la levadura del error fermentaba por todas partes, el maestro de escuela fué bien pronto convertido en predicador incomparable, á quien primero iban á oír en una sala retirada, y despues sus numerosos admiradores le llevaron á la plaza de Molard, gritando con entusiasmo: «Predicanos públicamente la pura palabra de Dios.» Este paso teatral, junto con los sermones heréticos predicados en el mismo tiempo por el apóstata fraile franciscano Cristóbal Bouquet, y los atentados del bonetero Juan Guerin, el primero que se atrevió á distribuir la cena en un jardin fuera de la ciudad; todos estos escándalos escitaron rumores que llegaron hasta el religioso canton de Friburgo, el cual escribió de mancomun á los habitantes de Ginebra, diciéndoles que si recibian la heregía rompería la alianza que habia contraído con ellos. El canton de Berna por otra parte

(1) Spon. Hist. de Genev. t. 1, l. 2.

amenazó romper con Ginebra si se impedia en ella la predicacion de la nueva doctrina (1533).

En este conflicto de pretensiones, permaneciendo indeciso el Consejo, corrieron á las armas los dos partidos contrarios, los católicos para mantener la Religion de sus padres en su antigua posesion, y los protestantes para establecer en ella sus novedades. Los primeros movimientos costaron la vida á gran número de personas, y todo presagiaba la mas horrible catástrofe. Resonaban en el aire los gritos amenazadores del soldado, los gemidos de las mugeres y de los ancianos, los cuales pedian con instancia á sus hijos y esposos que suspendiesen mutuamente la lucha, ó los degollasen á ellos primero. Las puertas de la ciudad estaban cerradas. Los católicos dueños de la artillería, la tenian dirigida contra una casa en donde se habian hecho fuertes mas de doscientos protestantes, resueltos á morir antes que rendirse, sin que nadie se atreviese á hablar en su favor, temiendo hacer sospechosa su fé. En fin, por la mediacion de algunos friburgenses, vinieron á una composicion, diéronse rehenes de una y otra parte, y al dia siguiente mandó publicar el Consejo, que cesando toda enemistad se dejaria á cada uno vivir en libertad: que nadie sin embargo podria hablar contra los sacramentos de la Iglesia, que guardarian la abstinencia de carne el viernes y el sábado, y que no se predicaria sin permiso de los superiores. Ambos partidos juraron la observancia de estas condiciones; pero la religion se hallaba en Ginebra en un estado en que las convenciones de mas buena fé no podian hacer otra cosa que suspender en ella su ruina. Al año siguiente volvieron á tomar las armas, é interponiendo los berneses su crédito, despues que la violencia llegó al estremo de matar á un caónigo y herir al síndico de la ciudad, hicieron pu-